
Almudena Guzmán

Calendario



Calendario es un libro de poesía principalmente enfocada en el amor, en las relaciones y en la ausencia tras la pérdida o la falta de estas. Desde el enamoramiento hasta el final, Almudena Guzmán explora el romance a través de breves poemas libres de recursos retóricos complicados. En cambio, *Calendario* recurre a referencias de lo cotidiano-posmoderno, de forma que los poemas se sienten actuales y cercanos. A su vez, Guzmán también hace uso de figuras naturales: árboles, flores, lluvia, por lo que también se percibe un ambiente de remanso. En conjunto, el resultado es bello y candoroso. *Calendario* es un libro corto, ideal para enamorados y desenamorados, para quienes quieren leer algo hermoso, pero ligero; y para quienes no tienen mucha experiencia en la lectura de poesía, pero buscan acercarse.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Calendario](#)

[DÍAS DE LLUVIA](#)

[ROSAL CHINO](#)

[ROSAL CHINO](#)

[PAPEL DE FORRAR](#)

[DÍAS DE AMIGO](#)

[DESPUÉS DEL AMOR...](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[CANCIONES DE AMIGO](#)

[DÍAS DE FRÍO](#)

[Sobre la autora](#)

*A la lluvia, la nieve y las rosas.
Al oro y al mar.
A piratas y pájaros.*

FOTO: ASIA MARTÍN

DÍAS DE LLUVIA

SUAVE es la tarde con su desvarío de pájaros
al fondo
y sus castaños de Indias abiertos a la calma
de quien no espera nada.

También la flor de pascua de mi mesa
obedece sin espejos a los rayos del sol
y crece:
bueno es este mundo y amable
como la lluvia y la brisa en las rosas.

Solo yo no he aprendido la lección de las lagartijas
engarzadas en la pared
ni la del gato que se enrosca sobre sí mismo.
Pobre diablo aquel que desafía y pretende quebrar con
relojes y amores
el ritmo de diamante de la vida.

LA lluvia y el sueño
siempre se han llevado tan bien...

Y yo en cambio levantada haciéndome una tila,
los ojos más inquietos que los de los pájaros.

Desafiando toda norma,
toda lógica orgánica y atmosférica.

Al alba
la soledad es tan bella y tan fría
como el rocío que se duerme
en las plumas de los pájaros.

Quisiera abrir la ventana
y enredarme en la hiedra rojiza
de este sol de invierno que apenas ha nacido
y que ya duele.

Convertirme en raíz
y llegar con la lluvia
hasta el fondo del vientre del bosque.

Tocar la rosa que me espera detrás
de la niebla.

ENTONCES el beso conocía el norte y el sur,
el este y el oeste de toda cartografía
como si antes de labio en medio de la lluvia
hubiera sido rosa de los vientos
o brújula del corsario de los siete mares.
Nada estaba preparado
–dormían las leyendas su sueño abisal–
y sin embargo no cabía margen alguno de error:
cada noche atracaba en su alborada,
cada zozobra en su bahía,
cada deseo en su rompeolas.
Así era el amor,
volver a casa
con la red llena de certidumbres,
nunca un naufragio en alta muerte
Silenciosa
como ahora.

Y qué decir de la poesía
de la que eras grumete,
timonel y capitán a la vez,
siempre avanzando cara al sol
o contra el viento,
siempre izadas en medio de la lluvia
o trepando por la primavera de los mástiles
las velas de nieve de su corazón,
las rojas azaleas de su bandera.
Entonces el tiempo pasaba rápido como una bandada de
delfines
limpiando la cubierta de inútiles aparejos,
sorteando los escollos de falso coral,
evitando el transitado cabotaje;
de los piratas amabas la magia
de convertir en propio el oro ajeno,
de los marinos oficiales odiabas el engaño
de trocarlo en galonada baratija de nadie.
Y al atardecer,
subida al palo mayor catalejo en mano,
sentías que todo aquello que no era tierra a la vista
era tuyo.

Me hablabas y me hablabas,
mientras llovía,
de las excelencias de la vela,
de amuras y drizas
y demás nomenclatura misteriosa
para una sirena varada como yo.

No entendía ni entiendo de lescas ni de llenos
y la cabullería me sonaba a mucho lío:
ahora ya puedo decírtelo.

(Lo único que supe entonces
es que más tarde estaría contigo
en la cresta de una ola).

Hoy en la siesta
un molinillo de viento
me ha puesto en el sueño un beso
en el hueco de mis caderas,
en el dorso de mis muñecas
y,
en el beso,
unas gotas del olor a sal de tus brazos.

(Así eran los regalos que solíais hacerme,
tú y el Mediterráneo,
cuando llovía y me echabais de menos
y queríais anclaros para siempre
en la cruz de Malta de mi pecho).

La lluvia también se acuerda de tu forma de estar en las cosas pequeñas.

Lleva mucho tiempo ahí fuera
con los ojos suplicantes como un chucho,
sin atreverse a entrar,
pero yo sé que lo daría todo
por quedarse dormida entre tus libros,
por salir con nosotros en la foto enmarcada
de mi mesa de trabajo
o ceñirse resuelta tu albornoz.

Ella se desliza de hoja en hoja
de palmera
con la misma languidez de tu mano
cuando movías la torre o el alfil.

Antes casi siempre perdías.
Ahora acabas de darme jaque mate.

LEO lo que escribí de ti y de mí
en esos días de tanta lluvia,
con Bach y los naranjos
de contertulios ante el fuego
y los catarros, las pupas,
las mutuas manías,
advirtiéndonos de aquella bomba colgada
del tiesto de las glicinas
que oscilaba sobre nuestras cabezas
sin llegar a caer,
contenida por el Atlante de la risa
y el lujo inaudito
de poder ignorarnos,
de tener tiempos muertos,
de no abundar en preguntas y respuestas
cuando había tanto que disfrutar del silencio.

Desde entonces hasta ahora
los atlantes se nos han vuelto anémicos
y quién sabe si esos fueron y serán nuestros últimos días
de lluvia,
Pero,
de todas formas,
me sigue gustando leer lo que escribí de ti y de mí,
en especial lo de tu imagen con bufanda
volviendo de comprar la leche y el pan,
y la mía con sonrisa y pijama de osos pandas
saludándote desde el balcón.